



ripatéticos que se encuentran en la doctrina de Platon, y purificándolos los fundió con ésta, elevándolos al absoluto, en el cual se concilian lo posible y lo actual, la unidad, que es el principio supremo de Platon, con la diferencia, que es el principio supremo del Estagirita. Pero el poder del ente neoplatónico, obra por emanaciones perpétuas é involuntarias, y sólo el cristianismo, religion del espíritu y de la moralidad, produjo la verdadera idea de la accion libre del Criador, enseñando que el Ente sale por sí mismo del reposo, cambiando la virtualidad en virtud, y la energía en accion.

Esta idea flotó en la Edad Media en la confusion de la dialéctica y en las disputas que realistas y nominalistas agitaron respecto de lo que ellos llamaron principio de la individualizacion, tratando de explicar las relaciones de lo general con lo particular en la realidad en que los dos principios se apoyan. La escuela cartesiana proscribió despues el segundo, absorbiendo la diferencia y toda particularidad en la única sustancia inactiva; y finalmente Leibnitz, aclarando lo que ya habia dicho el empirismo de Campanela, perfeccionó el pensamiento de Aristóteles, diciendo que toda sustancia es activa por esencia; es causa, de la cual es efecto el fenómeno; y es fuerza, cuya existencia consiste en el desarrollo. Concebido así el poder como principio personal, idea que pertenece á Leibnitz, se sigue la noción de la jerarquía de los seres y de la armonía del mundo, en lo cual se ve principalmente cuánto erró Aristóteles confundiendo el sér con la simple forma.

La escuela alejandrina además, del cuidado de unir las creencias filosóficas con las nacionales, y de haber intentado abrir un nuevo camino á la razon, el del idealismo místico, realizó un progreso de extension, porque romanos y hebreos se familiarizaron con las doctrinas griegas y orientales, y los mismos Padres de la Iglesia se sirvieron de ellas para defender é ilustrar el cristianismo. Careciendo, sin embargo, de sólidas bases, y no siendo más que una transicion entre la falsedad descubierta y la verdad que no se atrevia á profesar, nunca se popularizó; perdiendo despues

de Proclo todo su brillo, aun cuando éste tuvo muchos discípulos, entre ellos las famosas Hipatia, Sosipatra, Edesia y Asclepigenia; é impregnándose cada vez más de ideas orientales, fomentadas por sociedades secretas, abrazó ritos mágicos, que no sólo extraviaban la inteligencia, sino que conducian á bárbaras acciones.

Uno de los grandes errores de la escuela alejandrina, fué el presentarse despues de Plotino como adversaria del cristianismo, adoptando para esto el politeismo, no ya en la rechazada forma vulgar, sino trasformado en símbolos. La filosofia entónces no tenia necesidad de símbolos, y el pueblo se dejaba llevar, no por éstos, sino por el sentimiento y por las pasiones. Habiéndose trasformado sus sectarios de filósofos en apóstoles, faltaron á su objeto; incrédulos y supersticiosos, aceptaron todas las religiones; pero desnaturalizándolas todas con mutilaciones; quisieron unir las dos necesidades que dividen á los hombres, la de creer ciegamente y la de ver con evidencia; y sometiéndose á ciertos dogmas hasta el punto de renegar de la razon, y criticando otros sin freno, les perjudicó la ciencia, poniendo de manifiesto todos los males y ningun remedio, y privándose, á fuerza de acoger todos los principios de vigor que da el permanecer fijo en uno solo.

Entre los neoplatónicos nombraremos al compilador Juan Estobeo, Simplicio de Cilicia, comentador de Aristóteles, y tambien á Plutarco y á Máximo Tirio. Plutarco agitó varias disputas filosóficas en el libro *contra Colotes* epicúreo, en el *Banquete de los siete sabios*, y en los tratados sobre la voz escrita en el templo de Delfos, sobre los oráculos, sobre el destino, sobre los caprichos de los filósofos, sobre las cuestiones platónicas, sobre la procreacion del alma, y sobre las contradicciones de los estóicos. Supone este autor la materia eterna, y que con ella ha formado Dios los cuerpos, á los cuales descendieron almas inmateriales, diversas en los diversos hombres, dotadas de luz divina, y de algun resto de las propiedades que gozaban ántes de entrar en ellos. Instruido en toda la filosofia griega, y no ignorando la oriental,



elegia entre todas las opiniones; combatiendo sin embargo, la epicúrea y la estóica, preferia á los platónicos; sin estar apasionado por ningun sistema, le impedian ser libre pensador las supersticiones que abundan en todas sus obras, y especialmente en el tratado de *Isis y Osiris*, dedicado á la gran sacerdotisa de Delfos. Siguiendo la costumbre de entónces, quiere encontrar en sus misterios un sentido filosófico, que los justifique á los ojos de la razon, en lo cual, además de alterar la idea de aquellos dioses, no está de acuerdo consigo mismo, considerándolos ya como cualidades del Dios único, ya como símbolos de las fuerzas naturales ó de las ideas.

Máximo Tirio supone que el objeto de la filosofia es la felicidad, y el supremo placer el raciocinio; reconoce un solo Dios, padre de todos los demas, del cual se deriva una serie de entes cada uno más inferior que el otro, y que aproximan la divinidad al infimo bruto.

Tomaba Luciano por tema de sus canciones á los teólogos y filósofos, conociendo de todos os sistemas aquello poco que basta para burlarse de ellos; y asemejándose sin embargo con preferencia á los epicúreos por negar todas las cosas fuera de los bienes reales, y á los cínicos por dirigir su látigo contra todos.

Creo conveniente hablar aquí de Horo, ó como otros le llaman Horapolo, el cual segun se pretende es anterior á Homero; seguramente no era egipcio, y debió vivir en los tiempos en que la teología egipcia se habia mezclado con la griega. Escribió sobre los jeroglíficos, no ya para darnos su clave, sino para explicar los emblemas y los caracteres de los dioses, con lo cual ayudó algo á los modernos en sus trabajos para descubrir la escritura secreta.

Mucho se equivoca el que crea que la teología, esto es, la ciencia que discurre sobre las cosas divinas segun las verdades reveladas por la Iglesia, no es capaz de engrandecimiento y variaciones estando ligada á una tradicion superior. Si el hombre no hace más que aceptar las afirmaciones divinas, es creyente y nada más; pero si explica ó aclara las relaciones que existen entre ellas y todos los hechos internos

y externos del universo, su fe se convierte en científica, de manera que la teología asocia al elemento divino el humano, que se lleva hasta los límites de la certidumbre, y que puede alguna vez traspasarlos.

Tiene, pues, la teología dos objetos muy distintos; el primero consiste en exponer las verdades dadas y reveladas, los dogmas contenidos en la Escritura y en la tradicion, propuestos por la Iglesia, y con frecuencia rigurosamente definidos por ella, y esta parte de la teología es eterna, é invariable en su base establecida por el mismo Dios. Pero sobre esta base se eleva el edificio de la razon humana, segundo objeto de la teología, sometido á todas las condiciones de las obras humanas, desarrollo, cambio, sucesion y progreso; y así es que tambien la teología tiene una historia que es importante conocer.

Atentos los primeros escritores cristianos á la virtud más que á la doctrina, pensaron sólo en exponer los dogmas de la fe, los preceptos de la moral y los ritos del culto, por lo cual la mayor parte de sus obras son catecismos, dictados con el calor de la conviccion. Pero para consolidar la verdad tuvieron que refutar lo falso, y demostrar la armonía de la fe con la razon, no sólo alegando las pruebas históricas de la revelacion, sino constituyendo un sistema de especulaciones racionales, fundadas en aquélla. Considerando, pues, los Santos Padres derivadas la filosofia y la religion de la misma fuente, se dirigieron á conciliarlas con un eclecticismo, que se diferencia del de los neoplatónicos en que en vez de traer las teorías de las diversas escuelas á armonizarse con otras del mismo orden, las refiere á uno superior, cual es la fe. Algunos se inclinaron hácia los orientales, como el falso Dionisio Areopagita, San Pantenio, Taciano y Origenes, y otros, como Justino, Tertuliano, Lactancio y Agustin hácia los griegos. Estos escritores hicieron muy poco caso de los epicúreos, de los ecépticos, de los estóicos, y de los peripatéticos, por la moral corrompida que enseñaban, ó por la duda que producian precisamente en aquello en que más importa al hombre la certeza. Verdad es que cuando tuvieron que combatir





herejías, especialmente la de Arrio, adoptaron la manera de argumentar de Aristóteles; pero en general encontraron más conveniente el platonismo que alguno dijo ser una anticipación ó una preparación del cristianismo (1).

Y á la verdad Platon, separándose de la experiencia exterior y de la dialéctica vulgar, por un medio inusitado entre los griegos y por ideas superiores al mundo sensible, intentó volver hácia el Señor de la naturaleza, y lo buscó en la intuición y en una reminiscencia interior; con lo cual acaso quiso dar á entender el despertar de la conciencia, ó un presentimiento de la imágen divina, innata en el hombre: pensamiento que resuelve la cuestión ontológica de la legitimidad de nuestras cuestiones, y funda una filosofía de la revelación. Dios es fundamento de la ley, según Platon, el cual propone á los ciudadanos de su república ideal estas bases de la sociedad y de la ley. «Teniendo Dios en sí el principio, el fin y el medio de todas las cosas, según la antigua tradición, obra constantemente el bien según la naturaleza: siempre le acompaña la justicia, que castiga á los transgresores de la ley divina: y el que quiere asegurarse una vida feliz, se conforma con esta justicia y la obedece con humilde docilidad. Pero quien se envanece por sus riquezas, honores ó hermosura; quien inflama su juventud de insolente presunción como si no tuviese necesidad de señor ni de dueño, y pudiese conducir á los demás, es abandonado por Dios, se arruina á sí mismo, y trastorna la casa y la ciudad. ¿Qué debe, pues, hacer y pensar el sabio? Procurar los medios de colocarse entre los

(1) Tal lo llamaron San Justino (*Contra gent.*), San Clemente de Alejandría (*Stromat VI*) y Eusebio (*Præp. evang. XI*). Numento decía que Platon es Moisés hablando en griego. No se crea, sin embargo, que quiero decir que los Santos Padres fueron platónicos: algunos, por el contrario, refutaron completamente á Platon, y San Agustín se arrepiente de haberlo alabado demasiado: «Laus quoque ista, qua Platonem vel platonicos, vel academicos philosophos tantum extuli, quantum impios homines non oportuit, non immerito mihi displicuit.» *Retract. lib. I.* El jesuita Fr. Balto extendió una famosa *Défense des saints Pères accusés de platonisme*. París 1711.

«siervos de Dios. ¿Qué cosa es agradable á Dios y conforme á su voluntad? Una sola según el antiguo é invariable adagio que nos enseña que no hay amistad sino entre seres semejantes. La medida suprema de todo debe, pues, ser Dios más bien que un hombre cualquiera. ¿Queréis ser amigos de Dios? Tratad de asemejaros á él con todo vuestro poder.»

¿No parecen estas palabras de un Santo Padre? No hay, pues, que admirarse si los doctores cristianos se aplicaron al estudio de aquel gran discípulo de Sócrates, sin someterse por ello á su palabra, y sólo por la unión que encontraban entre sus ideas y las cristianas, y sin perjuicio de separarse de él en donde no marchase rectamente, considerando siempre á la filosofía como sierva de la teología, y á la revelación como base de todo conocimiento práctico y especulativo.

Admitida la revelación, quedaban aclaradas todas las dudas lógicas. Ella contiene la moral, es decir, cuanto se refiere á las acciones humanas; ella se ha hecho por medio de la palabra, luego explica los orígenes del lenguaje; se ha hecho por un ser para seres, luego confirma la existencia variada; procede de fuente infalible, luego presenta el criterio de la certidumbre. Así argumentaba la Iglesia, no obstante que algunos de los Padres, conservando hábitos de escuela, fuesen á buscar por medio de la ciencia lo que acaso sólo la fe puede suministrar.

Dios, por tanto, y su religión con el mundo y con el hombre, son el objeto principal de su espiritualismo más ó menos racional. Todo lo que nosotros podemos concebir de la esencia de Dios viene á parar á la unidad sustancial, noción la más elevada que puede presentarse á la imaginación humana. Esta unidad, no susceptible de ningún nombre particular, es indistinta, invisible, recóndita, y no presenta á nuestro entendimiento ninguna cualidad especial que pueda percibir. Esta idea, que se nos presenta al frente de todas las teologías antiguas, está expresada en aquel dicho de la Escritura: *Yo soy el que soy*, ó bien *Yo soy el Ser*. Ahora bien; como la idea universal del ser es el apoyo de toda inteligencia, y no podemos afirmar nada sin la palabra *es*, no tene-



mos entendimiento sino en cuanto conocemos á Dios.

Pero los Padres, no sólo no confundían con esto todas las cosas en Dios, sino que combatían el panteísmo, como que destruye la noción propia del Ente supremo, suponiendo emanaciones que descomponen la unidad esencial de la sustancia divina en tantas fracciones, cuantos son los cuerpos que dividiéndose produce, y exponiéndola en éstos al mal.

Combatían el dualismo, diciendo que quien atribuye á la materia una facultad independiente y necesaria aniquila la noción de Dios, quitándole sus caracteres propios é incommunicables, cuya razón no es posible encontrar en la esencia de la materia, que variable, divisible y accidental de suyo, no comprende en sí el motivo de su existencia, y supone un término inmóvil y anterior. Tampoco se puede admitir la coexistencia del principio del mal, porque el poder, la sabiduría y el amor de Dios se concluirían, por oponerse á la primera un principio independiente de él, por no poder la segunda disipar las tinieblas esencialmente impenetrables de la materia, y por estar el último combatido por el espíritu indefinido de odio, discordia y destrucción.

Y concluían que Dios, por un acto de libre voluntad, sacó el todo de la nada, á lo cual llegaban haciendo ver el absurdo de las otras dos suposiciones.

Las religiones orientales y la parte de las griegas que con ellas se confundía, especialmente en la doctrina de los misterios, descansaban en el dogma de la emanación, según el cual todos los seres salen del seno de Dios y deben volver á él. ¿Pero por qué el ente feliz y eterno había dejado su calma y serenidad para revelarse al mundo? Todos los pensadores, todos los cultos se estrellaron en este problema, y procuraron hallar su solución inútilmente. El cristianismo la dió, por estar fundado en el dogma de la Encarnación y de la Redención. Desde la eternidad estaba en la idea de Dios revelarse al mundo, lo cual implicaba la separación del mundo de Dios, y por consiguiente el pecado y la caída; pero estaba en su idea, sin embargo, elevar otra vez al mundo hasta

sí (1). Dios se somete á las miserias humanas, no sin embargo al pecado, hasta que la victoria sea completa y cese la separación con Dios. Un acto de la más alta libertad hizo digno de habitar á un Dios lo que estaba fuera de Dios: está cumplido el sacrificio, y hecha la reconciliación. Tiene parte en este sacrificio todo el que quiere ser cristiano, unguido por el Señor, hostia sagrada como Cristo, y el regreso á Dios depende del libre albedrío, de la fuerza moral y de la virtud de cada uno. Sólo esta ley misteriosa del amor divino, por la cual se verifica la vuelta al Criador mediante el sacrificio voluntario de la víctima santa, puede dar razón del acto por el cual se resolvió Dios á revelarse al mundo; sólo ella puede explicar el enigma de la creación y de la historia universal.

Esto creemos descubrir en ella; pero en general, el modo con que los seres finitos salieron de lo infinito, era considerado por los Padres como un misterio irresoluble á la mente humana, la cual es incapaz de comprender los dos términos, transformándose de finita en infinita.

Alguno de los metafísicos cristianos intentó sondear aquel abismo, y dijo que para comprender la creación es menester distinguir tres cosas: Dios, los seres particulares y las participaciones, órden de realidades intermedias. Dios, como infinito no puede participarse; los seres individuales necesariamente finitos, son lo opuesto á Dios; las participaciones, virtudes divinas, como el poder, la bondad, la sabiduría y la vida existen en las criaturas en grados limitados. Como propiedades divinas, infinitas, existentes en Dios, son Dios mismo; como participadas en grado ó medida, son obra de Dios y criaturas existentes por eso fuera de él. Respecto de los seres individuales, sus principios constitutivos son creados, y sin embargo constituyen el principio de toda creación particular. Aunque no existen eternamente como la divinidad, pueden concebirse creados antes del tiempo, si el tiempo es medida de la duración

(1) 1.<sup>a</sup> *ad Timot.* III. 16, *ad Ephes.* I. 3, 4, 7; *ad Coloss.* I. 14 y I. 20, II *ad Timot.* 1, 9, 10.





de los seres individuales, á los cuales son anteriores estas propiedades. Estando éstas fuera de los individuos como existentes en Dios, y fuera de Dios como principios eficientes de cada ser limitado, constituyen el anillo entre lo finito y lo infinito (1).

Algunos además (Atanasio, Metodio, Agustín) sostenían que se había verificado la creación en el tiempo, y otros (Clemente Alejandrino y Orígenes) que había sido efectuada desde la eternidad, pues que debía ser también eterna la cualidad de criador, como las otras cualidades de Dios. Oponían al fatalismo de los astrólogos y de los estóicos una providencia general y particular, acaso ejercida por el ministerio de los ángeles.

Pero de la coexistencia de lo finito con lo infinito, resulta un nuevo problema: ¿cómo puede coexistir el mal con el bien supremo? Cuestión contra la cual se estrella perpetuamente la razón, y que no es posible resolver de una manera más racional que con el misterio de una culpa primera, la cual puso en desacuerdo la inteligencia, el amor y el poder, y con la necesidad de una expiación. Sin embargo, el mal moral no es una cosa positiva, sino una privación del bien; no proviene de la necesidad, sino del libre albedrío de las criaturas inteligentes y de las sugerencias de los espíritus malignos, por lo cual es imperfecto, y no impide que el bien predomine en el conjunto del universo que tiende hacia Dios. Cese, pues, de resonar la funesta voz, que suponiendo la necesidad, es decir, la divinidad, del mal, hace su apoteosis, y blasfemando del Criador, revela á las criaturas la ley del pecado. Cómo puede conciliarse el libre albedrío con un pecado hereditario, con la gracia y con la predestinación, es un arcano cuyo velo apenas se atrevía nadie á levantar.

La revelación nos da la noción superior de la Trinidad, y aunque convenga al hombre contentarse con exponer el dogma venerando el

(1) San Pablo (ad heb. XI) dice: «Ex invisibilibus visibilia facta sunt.» Así los Padres creyeron preexistentes en la mente de Dios las cosas, al crear las cuales no hizo más que añadir la realidad, sustanciarlas.

misterio, sin embargo, los Padres, y especialmente San Agustín (1), se esforzaron en encontrar en él analogía con cuanto la razón humana puede concebir de más puro y elevado. Pero en esto se requiere tal precisión de palabras, que quien tratase de compendiarlas, se expondría á incurrir en aquellos errores, que alguna vez no supieron evitar los doctores mismos, y que produjeron tantas disputas, tantos escándalos y tanta sangre.

En el dogma de las tres personas en un solo Dios, la palabra Dios tiene significación diversa de la de persona divina, por lo cual no resulta el absurdo del uno y tres, y si el misterio del uno y trino, á la manera (decían los Padres) del alma humana que, siendo una, tiene tres facultades irreducibles: voluntad, inteligencia y poder.

La inteligencia divina, una absolutamente, porque es infinita, comprende en su unidad el principio y la razón de la pluralidad, es decir, los tipos de todas las naturalezas creadas, como lo conocieron Platón y los filósofos orientales. Admitiendo esto los Padres como fundamento necesario de toda sabiduría, figuraron el Verbo como la razón de todas las cosas, coexistente con la inteligencia divina, y el cual formando las criaturas y sirviéndoles de modelo, adquirió su condición. Pero lo que el raciocinio natural no alcanza, es la doble cualidad de aquel Verbo, *unigénito* de Dios en cuanto es su mismo conocimiento, y su *primogénito* en cuanto es el tipo de las cosas creadas.

Los gnósticos poblaban el espacio entre el hombre y Dios de naturalezas intermedias, miradas como divinidades de segundo orden: los cristianos no admitían más naturalezas que la divina y la humana, y ésta compuesta de materia y de espíritu. La materia, segundo elemento general de la creación, es una cosa inerte y pasiva, la más inferior de la creación, sombra de Dios, mientras que el espíritu es su imagen, fuente de actividad, de movimiento y de inteligencia. Algunos sin embargo supusieron cierta especie de materia, más sutil que la corpórea, y de la cual fueron hechos los ángeles,

(1) *De Trinitate*, VI, 10.



quedando la absoluta espiritualidad sólo para Dios, lo cual creían necesario para hacer el alma capaz de premios y de castigos (1). Pero la Iglesia trabajó constantemente para librarla de todo elemento sensual; Orígenes cree imposible que el alma corpórea pueda adquirir ideas de cosas inmateriales, y al fin quedó consolidada la creencia en la espiritualidad del alma y la esencia original y diferencial entre las dos sustancias. San Agustín define el alma: «Una sustancia dotada de razón, dispuesta para gobernar el cuerpo (2);» definición que recuerda aquella en que Proclo resume la doctrina platónica. «El hombre es un alma que se sirve de un cuerpo (3).» Algunos creyeron que el alma era preexistente al cuerpo, y otros que era creada al tiempo de infundirse en el cuerpo, y de hecho es inexplicable la manera con que obran uno sobre otro dos seres tan distintos como la materia y el espíritu (4); arcano, pero no mayor que el de todos los demás hechos del universo que consisten en acciones recíprocas. La unión entre la materia y el espíritu fué al

(1) Tertul. *De anima*, U. J. dice: «La corporeidad del alma aparece manifiesta en el Evangelio. Sufré en los infiernos, y en medio de las llamas implora una gota de agua... ¿Qué significa todo esto sin el cuerpo?» Y Arnobio *Adv. gentes* II: «¿Quién no ve que lo que es simple é inmaterial no puede conocer el dolor?» San Juan Damasceno, *De orthodoxa fide*, II, 3, 12: «Dios es incorpóreo por naturaleza; los ángeles, los demonios y las almas se llaman incorpóreos por gracia, y con relación á la materialidad de la materia.» Parecen tan evidentes estos pasajes que, Tenenman, *Manual de la historia de la filosofía*, par. 230, dice positivamente que el alma fué mirada por muchos Santos Padres como corpórea. Esta falsedad, adoptada por otros historiadores, procede de no haber reflexionado que muchas escuelas antiguas distinguían el cuerpo, el alma y el espíritu; y por alma entendían el principio de la vida orgánica, común al hombre y á los brutos, y materia sutilísima, ó más bien un intermedio entre la materia y el espíritu. A esta se referían los sobredichos Padres cuando parece que consideraban corpórea el alma; pero siempre afirmaron que el espíritu que piensa en el hombre participa de la naturaleza espiritual de Dios.

(2) «De quantitate animæ.»

(3) *Comm. in Alcib.* Ha sido reproducida esta definición en nuestros días.

(4) «Modus quo corporibus adheret spiritum, et animalia fiunt, omnino mirus est, nec comprehendí ab homine potest, et hoc ipse homo est.» Agust. *De civ. Dei*, XXI, 10.

principio perpétua y deliciosa; el pecado original la hizo perecedera, y tal que la parte más noble padece por esto, y la parte más grosera se hace capaz de probar un día las inefabes dulzuras de la contemplación.

Los Santos Padres (1) aceptaban este principio de la escuela itálica, que la *cognoscibilidad de las cosas consiste en seres inmutables que no caen bajo el dominio de los sentidos*; pero rechazaron la hipótesis platónica de que las sensaciones despiertan en el alma la memoria de un conocimiento adquirido en la otra vida, afirmando sólo que el espíritu entiende en cuanto tiene conexión con entes, no sólo inteligibles, sino inmutables, como son las ideas (2). Si éstas existiesen aisladas, serían otras tantas deidades, por lo cual es preciso creer que tienen existencia en la mente divina, y así se purga el platonismo de la idolatría, uniéndolo inseparablemente con la teología cristiana.

Estudiando, por tanto, cómo pueden subsistir en Dios estas ideas eternas y necesarias, conocieron que su conjunto no podía ser más que el Verbo, que no podía haber en Dios distinción real entre ellas, sino que debían reducirse á unidades muy perfectas en el mismo Verbo, y por él en la esencia divina, la cual por lo mismo es lo inteligible (3) que *ilumina á todo el que viene á este mundo*, porque el hombre ve las ideas en Dios.

En cuanto al método de los Santos Padres, es menester distinguir los libros en que establecen y exponen los dogmas católicos, de aquellos en que combaten á sus enemigos, ya sean gentiles ó herejes. En los primeros proceden por demostraciones, en los otros usan frecuentemente los sistemas aristotélicos, ó platónicos, el silogismo, la inducción, el absurdo, como para dirigir contra los enemigos sus mismas armas. En donde conviene principian afir-

(1) Principalmente San Justino (*Contra Gent.*), Clemente de Alejandría (*Stromat.*, VI), y Eusebio de Cesárea (*Præp. evang.* XI).

(2) Véase particularmente S. Agust. *Retractaciones*, I, 8.—Rosmini *contra el maniani*, p. 487.

(3) *Per λόγον enim solum cognoscencia efficitur.* *Marío Vitt.*